

## Función actual de la filosofía en América Latina

*Rosa Krauze*

México

El panorama filosófico de nuestros días deja ver una clara tendencia en contra de la especulación abstracta, los dogmatismos y el academismo. Entre las escuelas filosóficas vigentes: estructuralismo, fenomenología, marxismo y filosofía analítica, parece surgir el diálogo, el intercambio de ideas y actitudes a propósito de problemas comunes y de sus posibles soluciones.

La estrechez de las escuelas del pasado, los círculos cerrados, el desdén recíproco y la autosuficiencia de los filósofos, parecen diluirse en favor de la intercomunicación saludable a través de la crítica bien entendida y la aproximación a la realidad social y la investigación científica.

Las nuevas generaciones ya no están dispuestas a seguir cultivando la filosofía desde sistemas filosóficos inoperantes. Tampoco se suman incondicionalmente a las escuelas que han elegido. Aun a riesgo de parecer heterodoxos, buscan nuevas formas de acortar distancias y ampliar horizontes. Muchos marxistas han abandonado, en parte, la línea ortodoxa soviética, los filósofos analíticos comienzan a poner mayor atención a la crítica social y política, al punto de que entre éstos se advierten aproximaciones que parecían imposibles.

Las nuevas generaciones ponen en entredicho sus propios supuestos, subrayan el carácter crítico de la filosofía y la acercan a otras disciplinas. Muchos problemas, antes exclusivamente filosóficos, exigen ahora una solución interdisciplinaria; en nuestros días, nadie se atrevería a estudiar el problema de la mente y el cuerpo, por ejemplo, desde el tradicional aislamiento de la ontología; ahora se acude a la información científica, a la neurofisiología, al psicoanálisis, a la

lingüística chomskyana, entre otros. Los trabajos interdisciplinarios amplían cada vez más los vasos comunicantes entre la ciencia y la filosofía. Las disciplinas, antes separadas, se entrecruzan; la ética se relaciona con la psicología, la antropología, la sociología; la teoría del conocimiento con la teoría del aprendizaje y la formación de conceptos. Nuevos planteamientos de antiguos problemas superan viejas disputas endurecidas por el tiempo y la falta de oxigenación. Se ha pensado, incluso, cambiar las áreas tradicionales de la filosofía para romper obstáculos que impedían el acercamiento de las diferentes filosofías y de los filósofos entre sí.

Sin que esto quiera decir que exista la tendencia hacia el eclecticismo o la subordinación de una escuela a la otra, sí es posible advertir que, en nuestros días, los filósofos han entendido que persiguen finalidades comunes y que la filosofía se extiende, por un lado, a las ciencias y, por el otro, a la ideología.

Esta flexibilidad de los filósofos de nuestro tiempo parece endurecerse en Latinoamérica. Según advierte Abelardo Villegas<sup>1</sup>, el panorama se estrecha a tal punto, que sólo nos ofrece una disyuntiva: o concebimos a la filosofía como análisis conceptual o como teoría y praxis revolucionaria. En vez de aceptar la posibilidad de ambas, se da por supuesto que una excluye a la otra y se coloca a las nuevas generaciones de filósofos latinoamericanos frente a una encrucijada. Los que desean participar en la solución de los problemas más urgentes de Latinoamérica, suponen que nada tienen que hacer con la filosofía analítica y los que se sienten llamados al análisis conceptual, son vistos con desdén por los que ya se han enfilado en alguna ideología. Pocos advierten que todos saldrían beneficiados con el intercambio de experiencias, el diálogo y la colaboración.

Propongo que iniciemos el diálogo en estos momentos y, como primer paso, voy a tratar de responder algunas objeciones que la filosofía analítica ha tenido que afrontar a través del tiempo.

1. Se dice que los filósofos analíticos sólo se ocupan de palabras y sobre esto hay algo que aclarar. Aunque efectivamente la filosofía analítica se mueve

en un nivel conceptual, no toma el lenguaje como objeto de estudio en la forma en que lo hace la lingüística, el psicólogo o el sociólogo, sino que aborda los problemas filosóficos del lenguaje desde un punto de vista crítico y analítico. Estos problemas son lógicos, epistemológicos, semánticos y, a través de ellos, se examinan los esquemas conceptuales de las ciencias formales, naturales y sociales, y aun las proposiciones de la moral, la política y el arte. Se trata pues del lenguaje que se extiende a todos los dominios del saber, incluso a los de la filosofía tradicional.

No hay que olvidar, por otro lado, que la mayoría de las palabras también se refieren a hechos y que la filosofía analítica examina justamente los problemas de la denotación y el significado de las proposiciones que aparentan dar información sobre el mundo y las que en efecto se refieren a él. Al analizar el lenguaje y esclarecer las confusiones, también se aclaran aspectos de la propia realidad, porque la información confusa expresada en un lenguaje equívoco, deforma el conocimiento que se pretende obtener sobre el mundo. El filósofo analítico no opera en el vacío, examina cuáles problemas son puramente verbales y cuáles contienen nociones referenciales que en última instancia nos remiten a los hechos, y de este modo realiza un examen indirecto de la realidad.

2. Esto también responde a la segunda objeción que se ha hecho a la filosofía analítica. Se la considera sierva de las ciencias, análisis de las teorías que se han elaborado para promover el desarrollo científico y tecnológico.

Es verdad que la filosofía analítica procura colaborar con el progreso de las ciencias evaluando las teorías alternativas y procurando su desarrollo armónico. Pero también se ocupa del lenguaje ordinario, y no lo hace de manera parasitaria esperando el surgimiento de las teorías para criticarlas, sino que las convierte en temas filosóficos que analiza y desarrolla por su cuenta. La filosofía analítica no es auxiliar de las ciencias, sino la disciplina que estudia el conocimiento humano, su alcance y sus límites y, en este sentido, elige las ciencias como la vía más importante y sistemática de adquisición del conocimiento. Por eso estudia sus

procesos, la fundamentación de sus teorías, sus hipótesis y sus leyes. Al analizar el lenguaje científico y su estructura lógica, realiza algo que las ciencias no hacen y se coloca en posición de evaluar los enfrentamientos que se dan entre las teorías rivales de una misma disciplina. Del hecho de que la filosofía analítica no elabore teorías sobre el universo, no se desprende que no tenga temas propios de investigación; entre ellos se encuentran los de la explicación científica, pero también los de la explicación histórica, o el análisis de las proposiciones de la metafísica o de las actitudes morales. La filosofía analítica deslinda el lenguaje científico de otros lenguajes y a todos analiza de acuerdo con el esquema conceptual al que pertenecen.

3. Se dice, por otra parte, que la filosofía analítica es trivial porque no incrementa nuestro conocimiento; nada agrega a lo que ya se sabe y lo único que procura es evitar el error. Esta acusación también es errónea. A través del análisis del lenguaje no se descubren, en efecto, nuevas sustancias químicas o nuevas familias de vertebrados. Estos descubrimientos los hacen los científicos, pero lo que sí se descubre es la necesidad de replantear los problemas filosóficos tradicionales, se obtiene un mejor conocimiento de las relaciones que existen entre el lenguaje y el mundo y de nuestros esquemas conceptuales, se descubre que hay que repensar la semántica y revisar nuestros hábitos y formas de argumentación.

4. De aquí se desprende una cuarta objeción: los filósofos analíticos, se dice, hacen alarde de terrorismo intelectual, son inquisidores burócratas intelectuales que impiden el desarrollo vivo del pensamiento y la imaginación; cortan las ideas en su capullo y las angostan antes de que puedan dar algún fruto. Hay quienes piensan que es preferible usar conceptos ambiguos o confusos, y que tratar de definir, precisar y formalizar ideas antes de tiempo, paraliza la investigación e impide un posible descubrimiento. El análisis debe coronar la obra, nunca precederla.

Hay que reconocer, en efecto, que ha habido filósofos analíticos cuyo prurito clarificador ha caído en el bizantinismo, pero esto también se aplica a

filósofos no analíticos. Su excesivo respeto por las convenciones metodológicas, el tratamiento reiterado de cuestiones que acaban por agotarse en sí mismas, su excesivo empeño en multiplicar innecesariamente las distinciones, les ha hecho perder de vista el tema básico que nunca llegan a resolver.

Esto es cierto. Pero también es cierto que el planteamiento ambiguo, oscuro o confuso de un problema, impide ver en qué consiste. El lenguaje es inseparable del problema, y es preferible pecar de crítico que de confuso o de inconsistente. Los riesgos del bizantinismo siempre pueden evadirse, pero no con la vuelta a la confusión, sino con la autocrítica.

5. Por otra parte, la filosofía analítica ha sido acusada de vivir en un pequeño círculo y de negar calidad filosófica a todo intento de especulación que se aparta del análisis conceptual. De esto también tienen la culpa no pocos filósofos analíticos que han despertado la ira de sus polemistas al afirmar que éstos no hacen filosofía.

Desde luego, no hacen filosofía los que adoptan formas puramente retóricas, o confunden ideas; pero la filosofía analítica no desconoce el valor de los filósofos de corte tradicional, aunque ejercite hacia ellos una función crítica. Está consciente de la necesidad de las cosmovisiones, de las creencias metafísicas y la función que desempeñan en la vida de los hombres.

Aunque en un principio los positivistas lógicos denunciaron la metafísica como un conjunto de proposiciones sin sentido, pronto advirtieron que los metafísicos plantean problemas estimulantes, según dice el propio Ayer, y otros aseguran, como lo ha hecho Warnock, que un sistema metafísico sólo es intolerable cuando pretende poseer la verdad absoluta.

Y aún más, algunos filósofos analíticos han iniciado investigaciones que podrían considerarse metafísicas, aunque no en el sentido tradicional, como filosofía primera o última, sino como intentos de sistematizaciones conceptuales;

entre ellos se podría citar la metafísica descriptiva de Strawson. Ninguna de estas investigaciones va más allá de la física, ni se aparta del giro analítico que funciona a base de consideraciones lógicas, epistemológicas y semánticas.

Y para ir más lejos aún, podríamos añadir los intentos de Sellars que tratan de unir lo que él llama la "imagen manifiesta" del hombre con la imagen científica, o los de Smart que presenta su obra como un "intento de pensar de una manera clara y comprensiva acerca de la naturaleza del universo y los principios de la conducta". De ahí se concluye, inevitablemente, que algunos filósofos analíticos procuran ir mas allá del análisis y de posibilitar "una visión a la vez coherente y científicamente plausible del lugar del hombre en la naturaleza", y aunque todavía no sabemos hasta qué punto se podría admitir una cosmovisión de esta especie, es seguro que no volverá a la metafísica tradicional que procedía en forma autosuficiente, sino que se presentará como una construcción conceptual, no verificable o falseable al modo de las teorías científicas, pero sí basada en ellas.

Esto nos hace ver dos cosas: 1º) que la filosofía analítica no puede ser juzgada en bloque; no es lo mismo hablar de Russell que de Ayer, de Carnap o de Strawson; hay grandes diferencias entre el atomismo lógico, el positivismo lógico y la filosofía del lenguaje ordinario; es imprescindible buscar las distinciones porque la filosofía analítica, más que una escuela, es una actitud, un conjunto de corrientes que se han puesto de acuerdo sobre un punto de vista: la necesidad de llevar a cabo una revisión crítica de los problemas filosóficos del lenguaje a través de determinadas técnicas, desde el análisis lógico hasta la terapia lingüística de Wittgenstein y sus discípulos; y 2º) que a lo largo de su historia la filosofía analítica se ha visto acosada por dos tendencias: la que pretende circunscribirla al análisis conceptual, y la que sostiene que "la claridad no es suficiente".

Desde los años veinte, Broad quería compaginar el análisis con la síntesis para "obtener conclusiones generales acerca de la naturaleza del universo así como de nuestra posición y perspectivas dentro de él", y en 1945 H. Price

insistió en que el esclarecimiento del lenguaje no agota la tarea del filósofo. A nadie escapa que así se trasponen los límites que otros filósofos analíticos no se quieren permitir, pero esta proposición nos hace ver el tipo de polémicas que los propios filósofos analíticos han sostenido y sostienen entre sí. Una de sus polémicas actuales se refiere al aspecto práctico de la filosofía y que nos liga a la sexta y última objeción que trato de exponer en este trabajo y que se ocupa de las consecuencias sociales de la filosofía analítica.

6. Se dice que la filosofía analítica no opera como orientadora ni presta atención a la dinámica social.

La objeción no es totalmente infundada y también ha partido de algunos filósofos analíticos que sostienen que la filosofía no debe desinteresarse de los problemas contemporáneos. En una de las reuniones anuales de la sociedad filosófica norteamericana, se dijo en 1969 que era preciso aplicar los métodos analíticos a la discusión de los problemas sociales de nuestro tiempo, y mucho antes de esa fecha, la filosofía analítica reconoció que los resultados de la investigación científica y filosófica podrían ser aplicados a la política, sólo que esto no debe entenderse como una vuelta a la especulación sobre las circunstancias, sino como filosofía política, como una reflexión crítica sobre ideologías y prácticas sociales y aun una protesta razonada sobre ellas, pero no como una codificación de actitudes políticas. La filosofía analítica, en verdad, no es inventora de ideologías, ni opera como orientadora, pero es capaz de tener resultados prácticos al exponer el error y la ambigüedad con que manejan los conceptos los ideólogos y los políticos que tienen en sus manos el destino de los hombres.

En Latinoamérica, la disyuntiva entre filosofía analítica e ideológica adquiere colores especiales; por una parte se relaciona con los problemas políticos y económicos propios de los países del tercer mundo y, por la otra, con los círculos académicos. Los primeros están vinculados al subdesarrollo y la dependencia y, los segundos, a la necesidad de crear una filosofía auténtica, libre de los lastres de la imitación.

Esta disyuntiva da lugar a varias consideraciones: es posible vincular los problemas políticos con los académicos y suponer que la filosofía analítica es un lujo que todavía no podemos permitirnos porque no sirve para satisfacer nuestras necesidades más inmediatas: la cancelación de la dependencia y el subdesarrollo. La disyuntiva se inclinaría entonces por la adopción de una ideología propia de los países subdesarrollados para encauzar la praxis política y social. La filosofía analítica resultaría más propia para países desarrollados o en vías de desarrollo que exigen más especialización técnica y mayor necesidad de fomentar las investigaciones científicas. Con la creación de una ideología propia de Latinoamérica, se lograría, además, una filosofía auténtica basada en problemas latinoamericanos y no se volvería a caer en los errores de la imitación.

Esta primera vía es unilateral. Exige decidir entre la filosofía analítica y la ideología como si ambas no pudieran formar parte, al mismo tiempo, de la preocupación de los filósofos latinoamericanos. Los dos modos de hacer filosofía son imprescindibles. Desterrar la filosofía analítica sólo porque se resiste a tratar temas localizados fuera del nivel conceptual, es impedir el cultivo de una filosofía rigurosa, indispensable para crear el hábito de la reflexión crítica como arma eficaz para vencer el subdesarrollo cultural en que vivimos. La filosofía analítica no sólo es propia para países desarrollados, ni resulta exótica en los países del tercer mundo; mientras más arraigue en nuestras tierras, mejor podremos valorar nuestros propósitos, estaremos en mejores condiciones de deslindar entre nuestras razones y nuestras emociones y más preparados para rechazar la demagogia, la grandilocuencia, la retórica de los argumentos que nos proponen. Aunque la filosofía analítica no lleva la palabra a la acción, es capaz de reflexionar sobre las palabras que nos incitan a la acción; en esa medida las libera de su equivocidad y procura conductas razonables.

Otra posibilidad sería admitir la filosofía analítica en el seno de las preocupaciones latinoamericanas siempre y cuando colabore con la ideología que propone la superación de la dependencia y el subdesarrollo, como lo sugiere Leopoldo Zea. A esto nada tendría que objetar la filosofía si por colaboración se



entendiera el análisis crítico de esa ideología y no la investigación de la estructura económica y social de Latinoamérica.

Los problemas de dependencia y subdesarrollo, por ejemplo, suponen estudios sobre la situación agraria, el crecimiento de las industrias, la transferencia de la tecnología, la distribución desigual de los recursos, la explosión demográfica, etc., problemas que exigen técnicas y conocimientos especializados en cada materia y el esfuerzo conjunto de científicos, estadistas y políticos. Es indispensable, además, aplicar nuestros propósitos de liberación a la posibilidad concreta de conseguirla. ¿Queremos una vía propia?, ¿cuál será esa vía?, ¿cómo hallarla? He aquí preguntas que exigen respuestas basadas en estudios sobre el desarrollo del campo y de la ciudad, la intervención del Estado en la economía nacional, la dependencia del exterior y, al mismo tiempo, el conocimiento de las fuerzas sociales organizadas y la coyuntura política. Nadie mejor que el economista, el sociólogo, el antropólogo o el politólogo para llevar a cabo semejante tarea. El análisis de las circunstancias corresponde a los científicos, y los resultados que hasta ahora nos ofrecen son poco halagadores. De acuerdo con la situación actual, parece que la independencia económica tendrá que esperar algún tiempo.

Pero la independencia cultural se va logrando. A ello ha contribuido el propio Dr. Zea y los filósofos empeñados en buscar una ideología propia para Latinoamérica; una ideología capaz de mostrar nuestra enajenación, de hacer consciente nuestra subordinación, una ideología destinada a cambiar un orden, un modo de ser. Las categorías de inferioridad, imitación, colonización, dependencia, subdesarrollo y liberación, han servido para mostrar algunas llagas de Latinoamérica que se extienden a todo el tercer mundo.

Este modo de hacer filosofía sobre las circunstancias no pertenece a la filosofía analítica y tampoco es necesario que así sea; pero precisamente por no ser ciencia ni ideología está capacitada para llevar su actividad crítica a las ciencias y las ideologías. Son las ciencias y las ideologías las que deben aprovechar el

aparato conceptual de la filosofía analítica para depurar sus propios conceptos y formas de argumentación.

Por eso creo que la filosofía analítica y la ideología no son excluyentes en el panorama filosófico latinoamericano. El propio Dr. Zea escribe que “no está reñida la adquisición de un instrumental técnico preciso, ni de una filosofía como lógica rigurosa que permita esa precisión, con la búsqueda de una filosofía que... nos haga conscientes de nuestra situación como hombres entre hombres, como pueblos entre pueblos”<sup>2</sup>. Y así es, la lógica y las ideologías pueden marchar unidas siempre y cuando la ideología proceda en forma lógica.

La colaboración entre filosofía analítica e ideología daría resultados sorprendentes. Si se hiciera un análisis de los conceptos de liberación o subdesarrollo, por ejemplo, podría advertirse de cuántas maneras se entienden y se utilizan para lograr los más diversos fines. Sería necesario incluso, poner en entredicho el propio concepto de ideología latinoamericana: ¿a dónde conduce?, ¿qué se propone?, ¿qué significa? No es suficiente tomar como fin la cancelación del subdesarrollo porque esto se puede lograr con un desarrollismo capitalista o socialista. En Latinoamérica se ha pensado ya en las dos vías. El Dr. Villegas observa que la desembocadura natural, para muchos, ha sido el marxismo; y aún se discute si ahí se debe adoptar la forma pacífica o revolucionaria.

Si por otro lado, los marxistas dejaran de pensar que los filósofos analíticos son ciegos a la verdadera marcha de la historia, y los filósofos analíticos se ocuparan de revisar los esquemas marxistas latinoamericanos, podrían anularse confusiones y dogmas que en vez de acelerar la marcha de la liberación, la entorpecen y, al mismo tiempo, se evitaría que la filosofía analítica fuera apadrinada sólo por ideologías imperialistas.

Precisamente porque la filosofía analítica es políticamente neutral, aunque se ubique en una sociedad determinada, no tiene por qué servir al desarrollo más amplio de los países desarrollados; también puede colaborar con la

superación del subdesarrollo haciendo una crítica de ideologías, despojándolas de la simulación y la demagogia. Ésta también es una forma de desenajenación; justamente porque utiliza métodos científicos, la filosofía analítica es capaz de desenmascarar ideologías burguesas y de someter al rigor la argumentación de las ideologías revolucionarias.

## Notas

<sup>1</sup>Excélsior, 3 de marzo de 1975.

<sup>2</sup> *La filosofía americana como filosofía sin más*, Siglo XXI Editores, 1969, página 61.